

diablo. Encuéntrase este nombre en muchos autores; pero solo Shakspeare nos lo presenta con el carácter de espíritu del hogar que tiene en Gales. En la Islandia, Pucki es el espíritu del mal; en la Frisia, el enano se llama Puk, y en Alemania hallamos á Putz ó Butz, que se aproxima mucho al Pulk inglés y galés. Los irlandeses tienen también su Pooka, que, según las tradiciones, es hijo de Oberon, rey de los Genios.

A poca distancia de la antigua *Court*, visitamos una añeja capilla. Cerca de su puerta hay una piedra tumular que en otro tiempo se hallaba en el cementerio; está adornada con una cruz, y cuando se construyó la capilla quedó remetida en la pared; es, según se dice, la piedra de San Gower. En el interior de la capilla y encima de un cuadro de escudos de armas, se lee la siguiente inscripción: «Aquí descansan los restos de Williams Pritchard de Llanover, descendiente de Cradoc, de los condes de Hereford, entre el Wye y el Sewern.» En el cementerio se ve la tumba de Jones Jones, arpista de Llanover; en ella hay esculpida un arpa rodeada de rayos debajo de un bosquecillo; no lejos de allí descansaba un bardo, pues reconocimos el símbolo bárdico, es decir, tres rayos místicos, y al pie una leyenda en caracteres bárdicos ó koélbrenn. Si hemos de atenarnos á lo que la tradición refiere, estos caracteres fueron formados por Menw. La palabra *Menw* se aproxima mucho al sanscrito Manou. El citado personaje, sumido en una profunda meditación, vió una vez bajar del cielo tres rayos de luz, y encima de ellos las artes y las ciencias del mundo. Estos tres rayos forman la base del alfabeto bárdico. Si se considera la emigración de los kymris, oriundos de un clima cálido en Gales; si se comparan los dogmas drúidicos y bramánicos, y se observan las notables semejanzas que existen entre el sanscrito y el idioma de los kymris, no podrá ponerse en duda el origen común de las razas célticas é indias.

El castillo, elegante y espacioso, tiene una gran sala que llama la atención por la elevada galería en que se colocan los músicos y los cantores, los domingos y días festivos. Una biblioteca en que se hallan los retratos de Guillermo III y de Cromwell, forma la continuación de un magnífico salón adornado de cuadros y curiosidades de todo género; y encima de un grupo de objetos de porcelana figura el retrato de Nell Gwyn, una de las favoritas de Carlos II.

En otra biblioteca llamó mi atención una vigorosa cabeza, obra de Miguel-Angel. Un mueble muy curioso es un cofre de madera de encina, que contiene todos los manuscritos galeses comprados por lady Llanover al hijo de Iolo Morganwg, el bardo del Glamorgan: muchos de ellos se remontan á los siglos XV, XVI y aun el XII. Iolo Morganwg invirtió

su vida en coleccionar esos preciosos manuscritos, que encierran tesoros de poesía y prosa, cuya publicación ha comenzado hace muchos años una sociedad literaria. En la biblioteca de Llanover encontré muchas antiguas colecciones de música galesa, que contienen restos muy interesantes de la antigua música de los bardos del país. Vi también la colección de aires y melodías recogidas por miss Williams de Aberpergwm; es un verdadero collar de perlas; y ciertamente el editor tiene justo motivo para envanecerse de tal joya.

Es cosa incomprensible que la música del país de Gales haya permanecido ignorada del resto de Europa, siendo, no obstante, una de las más antiguas que existen. La Edad Media la conoció por breve tiempo, y luego permaneció en este rincón de la Gran Bretaña, como una mina cuya entrada hubiese quedado obstruida por un terremoto. Solo algunos aires han llegado hasta Londres.

Los galeses tienen un instrumento nacional llamado la *telyn*, que es un arpa que presenta la particularidad de tener una triple fila de cuerdas. Dicese que la *telyn* fue inventada por Idris, uno de los tres bardos primitivos de la isla de Bretaña, pues los otros dos fueron Eidiol, el mágico, y el rey Beli. Este era el instrumento favorito de los bardos. Refiérese que en aquellos países tan amantes de la música, los obispos y abades de los primeros siglos cristianos tenían su arpa como los bardos. La fila de cuerdas del centro corresponde á las teclas negras del piano. La *telyn* se toca sobre el hombro izquierdo, con la mano derecha. Lo que hace tan fácil la ejecución en la otra arpa, me decía una señora, es que en ella se practica todo lo contrario de lo que se acostumbra. La *telyn* es un instrumento tan difícil, que los músicos del continente y de Inglaterra no quieren aprender á tocarlo. Posee, no obstante, gran superioridad sobre el arpa ordinaria ó de una sola fila de cuerdas; en la *telyn* las cuerdas gruesas bastan para producir la cantidad de sonido más extenso, al paso que con la otra arpa no se puede obtener el mismo resultado sino por medio de un pedal. La palabra *telyn* es muy antigua.

El cabo que domina la rada de Tolon (cabo Ceret) se llamaba en otro tiempo el promontorio de los Citárides (ó de los tañedores de arpa), y la ciudad misma era conocida con el nombre de *Telo-Martius*.

Los galeses tenían además otros instrumentos de música, como la *rhotu*, la gaita, el tambor y la trompa, pero hace ya mucho tiempo que no se sirven de ellos.

Habiendo yo expresado el deseo de ver y oír una de aquellas hermosas arpas tocada por una mano diestra, milady hizo venir á su arpista Griffith, que recibe del señor alojamiento y subsistencia, como lo

recibía en Escocia el tañedor de gaita. Antiguamente, todos los palacios del país de Gales tenían su arpista; pero las viejas tradiciones se borran todos los días en las clases elevadas, y las tres cuartas partes de la nobleza galesa han olvidado las costumbres y la lengua nacionales.

Dos veces diferentes y siempre con vivo placer, le oí interpretar las melodías galesas. En las variaciones obtenía efectos arrebatadores, que en mi concepto, sería imposible producir con el arpa ordinaria. Haciendo sonar con una mano una nota en *pizzicato* acentuado y lento, mientras con la otra ejecutaba el aire en *pizzicato* más ligero, disminuía poco á poco el sonido, lo amortiguaba y lo reanimaba á su capricho. Otra vez le ví hacer arpeggios sobre las cuerdas pequeñas y picar las notas graves de su aire en las gruesas. Cuando hubo terminado, una joven campesina cantó varios romances, acompañada por el arpa. Debo advertir que para la ejecución de ciertos aires es preciso afinar la *telyn* de un modo particular. Descendiendo hermosa y pura de la elevada galería, la voz de la cantatriz producía en mí un efecto prodigioso, porque aquellos aires originales en nada se parecen á lo que yo conocía. Lo que especialmente me llamaba la atención eran los frecuentes cambios de tonos mayores en menores, y la multitud de los arpeggios, señal evidente de que aquella música había sido compuesta para el arpa.

El carácter de la música galesa es algunas veces guerrero, otras dulce y melancólico, y se ha transmitido de generación en generación, como una leyenda. Las canciones y las marchas guerreras pueden ser clasificadas entre los aires más antiguos. Los bardos las compusieron durante las largas luchas de los galeses en defensa de su libertad, y las cantaban en medio de las batallas, sin duda para inflamar el ardor de los guerreros. Según las tradiciones, algunos de estos aires se remontan hasta los tiempos drúidicos, pero esto me parece hartamente dudoso. Lo más antiguo que oí es la marcha de los monges de Bangor, cuando fueron á Chester para auxiliar á Brochmaél Isnygthrog, príncipe de Powis, contra la invasión de Ethelred, rey de Northumberland, en 603. Este aire presenta el sello de sombría resignación que animaba á aquellos hombres que marchaban contra el enemigo sin más armas que sus oraciones. Los monges fueron pasados á cuchillo en su totalidad por los sajones.

Cuanto más se acerca á los tiempos modernos, tanto más se suaviza la melodía guerrera, y pronto se convierte en cantos de amor y júbilo, cuya inocente sencillez trae á la memoria los aires más agradables de Haydn y Mozart. Este, en su viaje á Inglaterra, pudo adquirir noticia de algunos de esos cantos: en el aire llamado *New years Eve* (el día del

año) el conjunto, y especialmente cierto *ritornello*, se parecen en extremo á una composición de Mozart; no obstante, este aire cuenta doscientos ó trescientos años de antigüedad, y fue compuesto en el país de Gales, que gozó siempre de vida propia y se creó un estilo y una música altamente originales y característicos. Haéndel, que vivió mucho tiempo en Inglaterra, se inspiró profundamente en ellos. Muy sorprendido quedó M. Enrique Martin al reconocer uno de los más hermosos pasajes del *Oratorio de Samson*, en un aire magnífico, llamado *el viejo Carphilly*, que se canta desde hace muchos siglos.

## IV.

Partida de Llanover.—Pontypool.—Abercarn.—Merthyr.—Tydvil.—Montañas de carbon.—Los Mabinogion.—Llan-doverly.

Al salir de Llanover vimos en el camino de Pontypool una antigua iglesia rodeada por un grupo de tejos de asombrosa corpulencia: uno de ellos tiene cerca de seiscientos años. En Pontypool nos despedimos de lady Llanover, dándole espresivas gracias, como también á su esposo, por la bondadosa acogida que les habíamos merecido, no sin llevar preciosos recuerdos de su castillo, del cual hacen el verdadero centro de las tradiciones del país.

Pontypool es una pequeña ciudad dependiente de la parroquia manufacturera de Trevethin; y toma, según se dice, su nombre de un puente de aquellas cercanías, llamado *Puente-ap-Hyvel* ó el puente de Howel. Desde hace mucho tiempo se dedica al comercio de hierro, y fue célebre en otro tiempo por la fábrica de objetos de alfarería barnizados, inventados en tiempo de Carlos II.

Antes de llegar á la estación de Crumlin, pasamos por un magnífico puente de hierro, de 200 á 250 pies de elevación, desde el que se disfruta una admirable perspectiva del valle que se extiende debajo de él. Nos detuvimos en Crumlin para visitar á Abercarn, antigua residencia de sir B. Hall, padre de lord Llanover: es un sitio encantador por su frondosidad, y está oculto en medio de unas enhiestas colinas notables por sus árboles seculares y por la abundancia de caza que allí se esconde. En un pabellón del jardín se nos hizo ver algunos peces fósiles, encontrados á 300 metros de profundidad al abrir un pozo para la extracción del hierro. Las muestras más dignas de atención y más voluminosas eran salmones y truchas.

Al día siguiente partimos para Merthyr-Tydvil. Esta es la ciudad manufacturera por excelencia; mucho antes de llegar á ella, la atmósfera está ennegrecida por nubes de humo; el camino atraviesa las montañas de ceniza que me hacían recordar el árido



aspecto de Aden: algunas quemaban todavía. Imposible parece que el trabajo humano pueda trasportar masas tan enormes; pero cuando se reflexiona que la casi totalidad ha pasado por los hornos y ha sido re-

movida dos ó tres veces, aumenta el asombro. Durante la noche, el valle está iluminado por las llamas; y esto de tal modo, que en la época en que lord Guest vivía en Dowlais (espaciosa aldea industrial que le

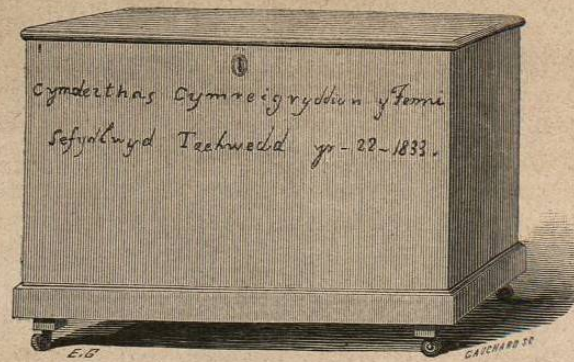


El castillo de Llanover.

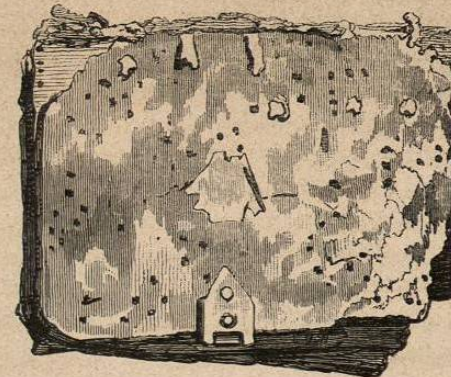
pertenece casi por completo) no necesitaba bujías, porque el resplandor de las fraguas alumbraba sus habitaciones como en pleno día.

Lady Ch. Guest prestó un señalado servicio á la

literatura galesa al publicar *los Mabinogion*, antiguos cuentos célticos cuya mayor parte hizo conocer á los lectores franceses M. de la Villemarqué, con el título de *Cuentos de los antiguos bretones*. Estas no-



Cofrecillo conservado en el castillo de Llanover, y en que se guardan los manuscritos bárdicos.



Manuscrito bárdico.

velas en prosa no fueron obra de los bardos, sino de narradores populares, quienes trataban á su manera las antiguas tradiciones nacionales, á las que los bardos imprimían un carácter mas profundo y misterioso.

Los *Mabinogion* (*Niñeces*, cuentos de niños) en su forma presente, no se remontan mas allá del siglo

duodécimo, pero proceden de tradiciones muy anteriores. Pueden distinguirse dos clases de relaciones: unas nada tienen de céltico, y solo son traducciones de obras latinas ó novelas; otras son enteramente originales; y la prueba de esto se halla en los detalles de costumbres, trages y geografía célticas que en ellas se encuentran á cada paso. Estos últimos,

los verdaderos *Mabinogion*, se refieren en su mayor parte al ciclo del rey Arturo. Los nombres de sus autores no han llegado hasta nosotros.

La poblacion industrial de Dowlais ofrece un aspecto triste y sombrío. En el camino, M. Enrique Martin me hacia notar el aire galo de todos los niños que encontrábamos. Los mas jóvenes tenían el pelo rubio ó rojo, que el trascurso del tiempo oscurece: allí se ven pocas cabelleras negras. Hombres y

mujeres tienen fisonomías completamente diferentes del tipo inglés, y se acercan mucho mas al francés. Al llegar á Dowlais fuimos á ver á M. E. Williams, nieto de Iolo Morganwg. Este dejó una correspondencia voluminosa, en la que se encuentran, mezcladas con las antigüedades bárdicas, interesantes detalles relativos á los personajes de la Revolucion francesa, con quienes Iolo mantuvo correspondencia; pero M. E. Williams está enteramente entregado á la in-



Trajes del pais de Gales.

dustria, y no se sabe cuándo podrá poner en orden sus papeles de familia.

Recorrimos luego las inmensas manufacturas de hierro de Dowlais, que me recuerdan los famosos *Atlas Iron Works* de Manchester. Los obreros que en ellas trabajan parecen verdaderos ciclopes; pero algunos de los que están destinados al servicio de los hornos, no viven, segun se me dijo, sino dos ó tres años, y á veces aun menos; el excesivo calor de aquellos les ocasiona una sed continua, les seca el pecho, y los induce al abuso de los licores fuertes que los aniquilan.

Despues de un dia de estancia en Merthry, pro-

seguimos nuestro camino por el hermoso valle de Neath, y algunas horas despues nos hallamos en Llandovery, donde el director del colegio galés nos recibió con la mayor afabilidad. La *Welsh-School*, monumento gótico de construcción moderna, se compone de un cuerpo unido á una espaciosa sala, donde se recitan las oraciones y se reúnen las clases, y de una torre de base cuadrada, desde cuyo vértice se disfruta de una magnífica vista del valle, limitado á lo lejos por las montañas de Caermarthenshire. En derredor del edificio principal se extienden vastos prados, por los que corren y retozan los alumnos.

Llandovery está situada sobre el Bran, no lejos



de su confluencia con el Towy, en un fértil y hermoso valle rodeado por todas partes de colinas frondosas y pintorescas. Allí se ven las ruinas de un antiguo castillo y algunos restos de vías romanas. Su celebridad, enteramente literaria, procede de las numerosas publicaciones hechas por M. W. Rees acerca de la literatura galesa; por desgracia, estos libros tienen escasa salida al extranjero, porque se publican por suscripciones, el número de ejemplares que se tira es pequeño, y apenas son conocidos sino de los suscritores.

M. Rees habita con su familia en una deliciosa quinta llamada Tonn, y pasamos el día en recorrer con él los verdes valles vecinos. A petición mía me dió la leyenda de Llyn-y-Van-Vach, que escribió ateniéndose á la relación oral de M. J. Evans.

Allá por el duodécimo siglo vivían en Blaensawdde (en el condado de Caermarthen) una pobre viuda y su hijo, cuyos medios de subsistencia consistían únicamente en un rebaño. Todas las mañanas, el joven conducía sus carneros á lo largo del lago de Van-Vach (cerca de las montañas negras); pero un día vió con gran sorpresa, sentada en la superficie del agua una mujer encantadora que se peinaba sirviéndose del lago como de un espejo. De improviso, ella vió que el pastor, que la miraba atónito, le presentaba su provision de pan y queso; ella se le acercó pero rehusó la oferta que tan galantemente se le hacia; mas, intentando el joven tocarla, desapareció en el fondo de las aguas, diciendo estas palabras: «Es difícil que puedan asirnos los que comen pan cocido en el horno.»

El pastor volvió á su casa lleno de desesperación; pero paseando al día siguiente por las orillas del lago, vió que una sustancia parecida al pan flotaba sobre el agua; cogió aquel pan de nuevo género, y advirtió que estaba dorado, como si estuviese hecho con la harina amarilla que cubre el interior de los nenúfares. Comió de él y le pareció delicioso... pero en vano esperó durante muchas horas: la mujer á quien su corazón llamaba no se dejó ver.

El sol había casi traspuesto las montañas negras, cuando vió de repente que unas vacas se encaminaban al lago. La vista de aquellos extraordinarios animales hizo renacer la esperanza en el zagal. En efecto, algunos minutos después la hada se presentó mas bella que nunca, y se acercó á la orilla donde aquel permanecía trémulo de admiración y amor. Accediendo á sus vehementes ruegos, la hada se brindó á ser su esposa, y á su voz salieron del lago siete vacas y tres toros. «Hé aquí mis bienes, exclamó; seré tu fiel esposa; pero si en alguna ocasión me golpeas tres veces, te abandonaré para siempre.»

Siete años vivieron juntos, y la hada tuvo tres hijos que se hicieron célebres como médicos bajo el

nombre de *Medyggon Llyddvai*. Durante la niñez de estos, deseando el pastor ir á una feria de las inmediaciones, pidió á su mujer que le trajese el caballo. Ella respondió *sí*, pero de un modo dilatorio; entonces él le dijo riendo: «Anda, anda,» y le dió un golpecito con un guante. La hada huyó al punto, y él la oyó intimar á su rebaño que la siguiese. Los bueyes, que labraban un campo vecino, la obedecieron llevándose el arado. Todavía puede verse el surco que abrieron hasta el lago.

Algun tiempo después de su partida, volvió á presentarse á su hijo mayor, *Rhyvallon*, y le dijo que su destino en la tierra debía ser curar los males de la humanidad, y le entregó un saquito lleno de recetas.

«Si te atienes puntualmente á ellas, le dijo, tú, tus hermanos y descendientes seréis médicos ilustres.»

Hay, en efecto, un libro de *Rhyvallon* y sus hermanos (personajes históricos) sobre la medicina; y de este libro, publicado por M. Rees, he tomado la leyenda que acabo de dar á conocer.

## V.

Partida para Aberystwith.—Lampeter.—El coraclo.—El antiguo libro sangriento.—Aberystwith.—El puente del Diablo.—El sepulcro de Taliesin.—Su leyenda.—Semejanza curiosa con una tradición griega.—Machylmeth.—Anécdota relativa al rey Enrique VII.

De Llandoverly nos dirigimos hácia el Gales septentrional por Lampeter, pequeña ciudad situada á orillas del Tyvi, uno de los ríos mas abundantes en pesca del país de Gales; por él se ve bajar gran número de *coraclos*, especie de esquife de que se servían los antiguos bretones. Este extraño barco de pesca, que se parece mucho á una cáscara de nuez, tiene cerca de 5 pies de largo, y se compone de una armazón de mimbres, cubierta con un grueso pellejo, ó con una tela resistente y alquitranada. Solo puede contener un hombre; los pescadores dirigen estos esquifes con gran maestría: con la mano derecha manejan el remo, con la izquierda la red, y los dientes les sirven para sostener el sedal. Terminado el trabajo diario, cada pescador vuelve con su coraclo á la espalda, lo cual le hace parecer desde lejos una descomunal tortuga.

Dijéronme que en Lampeter había un antiguo libro hallado bajo tierra, y con las hojas manchadas todavía de sangre: es una biblia que, según se dice, fue enterrada por uno de los monges que se libraron de la matanza de Bangor.

Las diligencias del país de Gales no se parecen á las de Francia. Tienen cuatro asientos en el interior, doce en la imperial; dos bancos cerca del cocheró, dos detrás, y en medio un espacio reservado para los

equipajes, sobre los cuales se sientan los viajeros que no han podido hallar asiento en otra parte. Otros se acurrucan en la parte posterior; de modo de que la máquina se parece, aunque mas en grande, á un *corricolo* italiano.

Al salir de Aberayon el camino sigue la orilla del mar hasta Aberystwith. Dilatados campos de trigo ceñían por lo regular la playa, cubierta de guijarros, cuyo sombrío matiz formaba gran contraste con el rubio color de las mieses. Ante nosotros se estendían las montañas de Merionetshire, y al volver la vista se descubría la punta de la bahía de Cardigan.

Aberystwith es el Dieppe del país de Gales. Todos los años los bañistas acuden allí en gran número á pasar el verano, lo cual hace que en dicha estación reinen mucha animación y bullicio en la ciudad. Esta se halla construida sobre un promontorio, en la confluencia de los ríos Rheidol y Ystwith, casi en el centro de la bahía de Cardigan. Siguiendo la orilla y saliendo á la cima de un ribazo que se llama Craiglais, se ve desplegarse las costas del país de Gales desde Cardigan hasta Carnarvon. Las ruinas del castillo adornan un pequeño promontorio cuya estremidad azotan constantemente las olas. Solo quedan ya una torre y algunos trozos de muralla, en cuyo rededor se ha formado un paseo. Allí coloca la tradición la residencia del gran Cadwallader, el héroe breton cuyos altos hechos cantaron los bardos mucho antes que los de Arturo. El castillo no cuenta tan antigua fecha: fue construido en 1107 por Gilberto Strongbow, reconstruido en 1277 por Eduardo I, y destruido definitivamente por Cromwell.

A 12 millas de Aberystwith encuéntrase el puente del Diablo, cuya construcción atribuye el pueblo al espíritu maligno, aunque hay muchos motivos para creer que los monges de la abadía de Strata Florida fueron quienes lo levantaron en 1187. Domina un profundo abismo cuyas orillas están cubiertas de bosques, y por cuyo fondo corre el Mynach, enteramente oculto á los ojos del viajero por espesas frondosidades.

En el camino de Machylmeth, cerca de una aldea llamada Tre-Taliesin, se presenta al anticuario, sobre una colina denominada Pen-Sarn-Ddu, un pequeño monumento en el cual está enterrado, según se dice, Taliesin, el jefe de los bardos. Esta tumba, construida de piedras y tierra, tiene 8 pies de largo, 2 de ancho y 3 de elevación sobre el suelo: está rodeada de dos círculos de piedra, de los cuales uno tiene 80, y el otro cerca de 90 pies de circunferencia. Una tradición popular refiere que todo el que pasa una noche sobre aquella sepultura despierta poeta ó loco. Es digno de tenerse en cuenta que la misma creencia domina en Grecia respecto de los que pasan la noche en el Parnaso.

Taliesin (Frente-radiante) era un bardo del si-

glo VI. Sábese muy poco acerca de su historia real, sino que era hijo de San Henwg de Caerleon, y que vivió mucho tiempo en la corte de Urien de Rheged, en calidad de preceptor de su hijo. Habiendo invadido una gran inundación las tierras de Gwyddon, otro de sus protectores, el rey Arturo, lo llamó á su corte en Caerleon, donde alcanzó gran nombradía como poeta y hombre de ciencia. En la corte de Urien de Rheged compuso parte de sus poemas, que, según el dictamen de los críticos mas juiciosos, contienen grandes bellezas. Tales son los hechos históricos; por lo que atañe á las tradiciones mitológicas, que son muy curiosas, éstas suponen que la hada Koridwen, la diosa de la Naturaleza, habiendo preparado la caldera de la ciencia, confió el cuidado de agitarla al pequeño Gwion (Bach) y al ciego Morda, encargándoles que la hiciesen hervir durante un año y un día. Sucedió que habiendo caído tres gotas en un dedo de Gwion, éste, al sentir el calor se acercó el dedo á los labios. En aquel momento la ciencia se le descubrió, y advirtió que era preciso desconfiar de Koridwen. Esta, furiosa al ver perdido su trabajo, corrió en busca de Gwion, y ambos tomaron mil formas diferentes, persiguiéndose mutuamente. Al fin, Gwion Bach se trasformó en grano de trigo, y la hada, convertida al punto en gallina negra, lo cogió y tragó. Al cabo de nueve meses dió á luz á Taliesin. Este, dice Mr. Enrique Martin, «es la personificación de la ciencia humana, y especialmente de la gran organización religiosa, poética y científica de los druidas: es el druidismo hecho hombre.»

Después de una breve estancia en Aberystwith, Mr. Enrique Martin y yo volvimos á tomar la diligencia que conduce á Dolgelli. Al cabo de algunas horas llegamos á la pequeña ciudad de Machylmeth, centro de la fabricación de lanas del país de Gales. Sus calles son bastante anchas, y las casas casi todas nuevas; no obstante, consérvase una del siglo XIV, en la que Owen Glendower se hizo proclamar príncipe de Gales. Todavía se enseña al viajero la bóveda de la casa donde reunía los jefes de su partido, y donde firmó sus primeras órdenes como soberano.

Posteriormente, cuando Enrique VII no era aun sino Enrique Tudor, que aspiraba á sentarse en el trono de Inglaterra, este príncipe se acostó en la casa de uno de sus parciales, David Lloyd de Mathafarn, cerca de Machylmeth. Como el vulgo atribuía á David Lloyd el don de profecía, Enrique le preguntó cuál sería el resultado de su próxima batalla contra Ricardo III. David prometió darle la contestación al siguiente día, y pasó una noche sin dormir, consultando las estrellas y los libros. Pero se fatigaba en vano: ningún signo le revelaba el éxito del combate. Al día siguiente, su mujer, que le veía fatigado, con la vista estraviada y lleno de desaliento, le preguntó